08 - La guerra de una joven entre las estrellas [Youjo Senki/Star Wars]

La guerra de una joven entre las estrellas

08

Dathomir, 43 ABY.

Dathomir no resultó ser lo que esperaba. No para nada. Había imaginado algún tipo de mundo infernal, brutal, donde sus habitantes apenas lograban sobrevivir. Donde todo fuera venenoso, carnívoro, o ambos. En cambio, lo que vi fue un planeta templado de clase M bastante normal—montañoso, cubierto de selvas, bosques y ocasionales desiertos.

“No te dejes engañar por su belleza, aprendiza,” advirtió Dooku mientras comenzábamos nuestra entrada en la atmósfera. “Es bastante peligroso, te lo aseguro.”

“Las cosas más hermosas en la naturaleza suelen serlo,” asentí, concentrándome en hacer que descendíamos sanos y salvos con mis propias habilidades, no confiando en la Fuerza.

“¿Has decidido dónde quieres comenzar?”

Alcancé con la mano y proyecté el mapa planetario, haciendo zoom en una zona; “La mayoría de los clanes viven en una región específica—una franja de tierra que sigue el caudal de estos ríos: el Río Frenético y el Río Soñador. Si comenzamos en el oeste, cerca del Gran Cañón, podemos avanzar hacia el este por las Colinas Rojas, doblar al sur hasta el Río Frenético, luego más abajo hasta las Cascadas Nebulosas, continuar al oeste y regresar hacia nuestra nave por el norte.”

“Navegar por el río hacia abajo es más sencillo que en sentido contrario,” señaló Dooku, y asentí con un zumbido.

“¿Lo invertimos, subimos las colinas, entrando en las montañas, hasta el cañón, y luego bajamos el río de regreso?” La sonrisa del anciano me hizo encoger los hombros y ajustar la dirección. No me importaba demasiado, con tal de completar la misión. Sí, el maestro Dooku me había encomendado planear y ejecutar la misión, e incluso dijo que me permitiría liderar gran parte del trabajo, pero en realidad era un proyecto tan abierto que tenía bastante flexibilidad.

Encontré un buen lugar para aterrizar en una zona despejada, en una lengua de tierra entre un río y un gran lago, y suavicé el descenso de la nave para aterrizar con poca huella. Apagué la nave, desmonté las correas y me dirigí a mi habitación para recoger mis cosas. Sacando mi comunicador, cumplí la promesa que hice a Obi enviándole un mensaje. Recordando que era bastante tarde en Coruscant, no me sorprendió que, en vez de recibir su imagen, me brindaran la opción de grabar un mensaje.

“Hemos llegado. La hora local aquí es unas diez horas menos que en Coruscant, así que puede ser difícil hablar. Configurare esto para que no reciba llamadas y no moleste a la fauna local, así que deja un mensaje. Revisaré en otro momento.”

Desconectando, guardé el comunicador en el bolsillo y revisé una última vez mi mochila para asegurarme de tener todo lo necesario. Luego, levanté la segunda mochila, más grande, y la colgué sobre la mochila de día.

Encontré a Dooku esperándome afuera, llevando su propia mochila y tocando el mando de la rampa mientras yo bajaba, sellando la escotilla tras nosotros. Él me miró con expresión divertida y preguntó: “¿A dónde vamos desde aquí, aprendiza?”

Mientras observaba el paisaje, asentí pensativo, considerando nuestras opciones. “Según los registros, el clan más cercano sería el Montañés Cantante, al oeste,” señalé hacia una serie de montañas que surgían en la distancia. “Pero necesitamos cruzar el río para llegar allí. La opción más sencilla a pie sería el… clan del Río Frenético, al norte.”

Cuando Dooku simplemente me dirigió una mirada paciente, esperando que decidiera sin dar ninguna señal de cuál prefería, giré la espalda y me abrí a la Fuerza y a mi sentido empático, escuchando todo a mi alrededor… Y de inmediato hice una mueca de incomodidad, mirando en todas direcciones mientras el peligro emanaba casi desde cada rincón a nuestro alrededor.

Dooku se rió suavemente. “Te advertí. La belleza de Dathomir oculta su peligrosidad.” Solté un suspiro molesto, y el anciano solo pareció divertirse aún más. “¿No es confuso, verdad? Concéntrate, padawan. Separa las potencialidades vagas y nebulosas de las amenazas inmediatas…”.

Reflexioné sobre sus palabras y asentí. “Entonces, trata toda esta planeta como un campo de entrenamiento para la sensibilidad a la Fuerza.”

“Si te ayuda a verlo de esa manera.”

Cerrando los ojos, seguí su consejo, aprendiendo poco a poco a filtrar los peligros menos inmediatos, o aquellos que parecían estar a más de una milla, a menos que superaran cierto nivel de amenaza. No necesitaba saber de alguna rana venenosa o algo que pudiera matarme a cinco millas de distancia cuando había un…

que…

“Eso, mi querido padawan, es un dragón rocoso de Dathomir. Su veneno es bastante mortal, capaz de acabar incluso con un rancor completamente adulto.”

“Entonces, mejor dejar en paz a esas lagartijas,” susurré.

“O,” intervino Dooku, y reconocí inmediatamente su tono didáctico, “convéncelos de que te dejen en paz. Aún no has aprendido la habilidad de tocar la mente. Esta sería una buena oportunidad. O, quizás, tienes talentos propios, ¿no es así? Esa cualidad natural de los Zeltrons…”

Asentí, acercándome más a la roca y agachándome. “Extiende la conexión con la Fuerza y el poder de tu mente. Intenta transmitirle tus pensamientos y deseos. No tomar el control de ella, porque eso sería por el lado oscuro. Solo sugiere…

No la agarres y la arrastres, solo dame un empujón…

“Es un buen comienzo. Continúa practicando,” asintió Dooku, una sonrisa asomándose en su rostro.

Liberé al reptil y me puse de pie, sacudiéndome la mano. “Lograr que un animal se acerque y ignore sus instintos naturales no ayuda mucho cuando hay cientos de ellos alrededor,” reflexioné, y el anciano solo observó, dejando que resolviera por mí mismo. En ese momento, volví mi atención a las herramientas con las que contaba.

Bajo…

Mucho…

Superando expectativas…

No me gustaba cómo me hacía sentir esa reflexión, así que la aparté y me concentré en el siguiente paso. Debía entender a las mentes que me rodeaban. Si quería abrir un camino sin pisar algo que pudiera matarme con un leve pinchazo, no podía hacerlo uno a uno. La mejor estrategia, entonces, sería hacer que esos animales huyeran de nosotros.

¿Y qué mejor que un poco de miedo para desencadenar la huida?

Certeza…

Saber…

“

El clima imprevisible parecía ser bastante común en planetas donde la Fuerza era fuerte, salvo que factores ambientales lo impidieran—como en Tatooine, un planeta desértico bajo dos soles, donde el clima era una insoportable ola de calor desértico.

Una vez más, mis sentidos de la Fuerza fueron bombardeados por la sensación de peligro.

Asustado…

“¿Qué sucede?” susurré, sin moverme, mientras observaba cómo se encontraba en el borde del bosque, aparentemente decidiéndose si atacar o no.

“

¡Por supuesto que solo me deja a mí la decisión! Bueno, intentemos disuadirlo.

Enojo…

“Es resistente a los rayos de bláster, al calor y al plasma,” Dooku avisó desde el lado. Una mirada rápida mostró que tenía su sable de luz en mano, pero sin activar—por lo que respaldaría si creyera que lo necesito, aunque en realidad me dejaba a cargo de la situación.

Resistente no significa inmune. Solo requiere mayor exposición y un momento oportuno para dar un golpe decisivo.

A pesar de su tamaño, el rancor sorprendentemente era rápido y ágil. Se reincorporó y se acercó con mayor cautela esta vez, incluso más enojado que antes, pero con una determinación aún mayor de convertirme en su comida. Ahora desconfiaba de la luz de sable, pero seguía siendo tonto y persistente lo suficiente para intentarlo.

o defenderse

a espiar a distancia

Dejé caer mi sable láser y el tubo plateado quedó suspendido en el aire mientras lo atrapaba con la Fuerza. Se giró, inclinando la hoja plateada-blanca hacia el rostro del rancor mientras se acercaba, y esperé. Cuando puso su mano derecha en el suelo, disparé, lanzando el sable con una ráfaga de la Fuerza hacia su ojo derecho. El rancor no tuvo tiempo de pestañear antes de que la hoja de plasma atravesara su ojo blando y flexible, saliendo por detrás, hacia su cerebro.

Agarrando el sable antes de que el mango entrara dentro, lo moví un poco mientras la criatura permanecía allí, temblando por un momento—realmente, retorciéndose. Hasta que toda la emoción desapareció de él y el peligro que sentí en la Fuerza se disipó. Se desplomó hacia adelante con un golpe, mientras yo jadeaba y volvía a traer el sable a mi mano.

más agudo y furioso

Un relámpago iluminó y el enfadado saltó abajo. Esperé un aterrizaje duro en el barro que el suelo del bosque se había convertido, pero no. En el último momento, sentí la presencia de la Fuerza en ella y la mujer se ralentizó, antes de aterrizar suavemente, sin hacer ruido.

Debería aprender a hacer eso. Si solo puedes ralentizar así una caída… Debe ser alguna aplicación de la telequinesis de la Fuerza.

Me sacaron de mis pensamientos cuando la mujer enfadada apuntó una lanza hacia mí. Levanté una ceja, la observé mientras adoptaba una postura defensiva, levantando mi sable láser. La llamé mujer, pero eso no era correcto. Una joven.

“

Nos atacó y yo me defendí. Lamento si era tu presa—”

presa

“

Pero ella—!” empezó Alaya, solo para callarse al recibir una mirada de la mujer mayor. “Sí, líder de la caza.”

Las otras mujeres obedecieron, aunque la más joven parecía molesta por tener que hacerlo. Cuando se marcharon, solo quedó la líder, que se dio la vuelta y empezó a caminar, llevando su lanzón sobre el hombro. “Ven, Jedi. La tribu de las Montañas Sonoras extiende su hospitalidad. Vine a refugiarnos de la lluvia.”

“Gracias por la hospitalidad,” asintió Dooku, acercándose para caminar junto a ella mientras yo los seguía a distancia. “Ha pasado algún tiempo desde la última visita de mi orden. ¿Podría contarnos cómo están las cosas entre las tribus actualmente?”

“De eso, mejor te lo explica la madre del clan,” negó con la cabeza la líder, aunque en su voz había una pizca de diversión. “Rara vez recibe invitados, y aún menos que venga alguno de otra galaxia.” Se giró y observó a Dooku con evidente interés, mientras yo levantaba una ceja ante las emociones que emanaban de ella—un poco de excitación y, extrañamente, decepción. “Muy raramente, recibimos a un espécimen tan distinguido.”

Dooku soltó una risa. “Seguro que un anciano como yo poco le interesa.”

“

podría

todo

“

Había visto la vista desde el aire, pero desde el suelo, en la montaña, era algo completamente diferente. Allí abajo, se extendía un tapiz de verde, envuelto en niebla y lluvia en ese momento. Sobre nuestras cabezas, enormes fragmentos de roca flotaban en el aire, suspendidos por la misma Fuerza donde la Fuerza se congregaba bajo la montaña y emergía por la cima para dispersarse por la tierra circundante.

El pueblo al que nos habían conducido ocupaba una sección de tierra principalmente despejada, situada cerca de la cima de la montaña, protegida por altos muros de piedra y madera. Las viviendas eran todas de construcción de madera, con algunas estructuras alrededor del perímetro incorporadas en árboles que habían sido dejados en pie — parece que eran puestos de vigilancia, por lo que pude deducir. Todas las casas estaban iluminadas por el resplandor de fuegos internos; la mayoría de las personas, aparentemente, habían decidido acostarse debido a la lluvia.

“Por aquí,” nos indicó nuestro guía, señalándonos hacia una estructura grande que había sido tallada en el costado de la montaña, en la parte trasera del pueblo.

Entramos por una puerta de madera y casi exhalo al notar la diferencia de temperatura y humedad. De alguna manera, tenían aire acondicionado — y funcionaba bastante bien, considerando la condensación en las paredes de piedra.

Nuestra guía se limpió el barro de las botas en la pequeña entrada donde nos encontrábamos, antes de quitarse las botas y adentrarse más en el recinto. Cuando el maestro Dooku también se las quitó, seguí su ejemplo y nos dirigimos, tras la líder, por un pasillo con alfombra gruesa, cruzándonos con habitaciones a ambos lados, hasta la parte trasera de la estructura.

A través de una puerta de piel cubierta con cortinas, nos llevaron a un lugar que parecía una oficina y una biblioteca. Cantidad tras cantidad de estantes llenos de libros y rollos decoraban el espacio, iluminados por un cálido resplandor anaranjado-amarillo de luces artificiales distribuidas regularmente en el techo y en las esquinas de la sala. Sobre sus propias estanterías, descansaba una pila de discos de datos y un lector, junto a lo que parecía una mesa holográfica sacada directamente de una nave.

Sentada en una mesa baja, una mujer humana de cabello rojo leía un rollo y bebía de una taza de té. Como las otras, vestía ropa ajustada de tela, aunque la suya estaba teñida de púrpura con acentos azules y era un vestido, a diferencia de los pantalones y blusas más móviles de los cazadores, y no llevaba armadura alguna. En su cabeza, lucía una corona plateada adornada con seis picos altos y delgados, curvados hacia arriba y hacia atrás, alejándose de su rostro. Como había dicho nuestro guía, parecía joven — quizás en sus veintitantos años, como mucho. Era hermosa, según los estándares humanos.

Al levantarse, nos miró con ojos de un tono azul más oscuro que el mío, examinándonos cuidadosamente, y sentí cómo extendía la Fuerza —nos sentía. Cerré mi mente con fuerza y la mujer levantó una ceja, una sonrisa jugando en sus labios. “Tenel, gracias por traer a nuestros invitados. Yo me haré cargo de ellos a partir de ahora. Informen a los demás que nuestros huéspedes son libres de ir y venir según deseen.”

Tenel inclinó la cabeza, tocando su puño contra el pecho. “Por supuesto, madre.”

Nuestra guía se despidió y la rubia se levantó, esbozando una sonrisa y haciendo una ligera reverencia en la cintura. “Soy Augwynne Djo, madre del clan del Monte Cantor. Sean bienvenidos aquí, huéspedes.”

“Gracias, Sra. Djo,” Dooku devolvió la reverencia con la suya propia, en el mismo ángulo que noté. “Soy el Maestro Jedi Dooku, del Consejo Jedi. Ésta es mi aprendiz, Tanya.”

“Señora,” también hice una reverencia, y la sonrisa de la mujer se expandió aún más.

“Qué seria,” murmuró, antes de señalar un par de cojines en la mesa opuesta a ella. “Por favor, siéntense. Únanse a mí. ¿Té?”

“Eso sería encantador,” aceptó Dooku, tomando asiento rápidamente, y yo hice lo mismo a su lado.

Augwynne hizo un gesto y un par de tazas volaron desde un armario cercano hasta la mesa, mientras ella levantaba una tetera humeante y comenzaba a servir. “¿Miel?”

Una vez que sirvieron nuestras bebidas y tuvimos un momento para saborearlas, ella se inclinó hacia adelante, estudiándonos detenidamente. “Supongo que están aquí para el chequeo rutinario y no para Chu’unthor.”

Alcé una ceja ante la palabra desconocida mientras Dooku asintió. “Eso es correcto. Aunque, si le importara hacer una excepción y permitir que mi aprendiza acceda, le estaría agradecido.”

“…

Chu’unthor

eran Chu’unthor

“Chu’unthor

“

“Porque el entorno aquí es severo y requiere de la Fuerza solo para sobrevivir,” replicó Augwynne, mirando fijamente sobre la mesa. “Y no, mi clan ya no esclaviza a los hombres.”

“No, la cultura simplemente los fomenta a esclavizarse a sí mismos,” la respuesta del maestro Dooku hizo que Augwynne suspirara. “¿Todavía matan los demás clanes a los hombres nacidos sensibles a la Fuerza?”

“…

Augwynne suspiró. En voz baja preguntó: “¿Y cómo lo solucionarías tú, sin provocar una rebelión ni incitar una guerra civil que acabaría con la mayor parte de nuestra población?” Mirándome, añadió, “Lo digo en serio. No se puede seguir así, o en cien años tendremos menos de media docena de tribus luchando por un puñado de esclavos masculinos, todos relacionados de alguna forma con cada mujer de cada tribu. Traer nuevos hombres de otros lugares solo pospone el problema para las futuras generaciones sin resolver las causas fundamentales.”

Volviéndose hacia Dooku, preguntó: “Si tienes alguna sabiduría que compartir, maestro Jedi, escucharé.”

Dooku bebió un poco de té mientras meditaba. Finalmente, asintió. “Veamos si no podemos encontrar alguna solución juntos. Estaremos aquí un tiempo y esto es solo una de las muchas cosas que quisiera tratar.”

Una sonrisa surgió en los labios de la pelirroja y ella asintió. “Lo espero con interés.” Tomando su propia taza, dio un sorbo y volvió a mirarme con atención. “Dime, ¿cuántos años tiene tu aprendiz, maestro Dooku?”

“Creo que ahora siete,” dijo, mirándome en busca de confirmación, y asentí.

“Perfecto. Justo la edad adecuada para comenzar la primera etapa de los ritos de la adultez.”

“¿El qué?” pregunté, y ella sonrió.

“Es una ceremonia de transición a la edad adulta. Celebramos una cuando cumplen siete años, cuando una niña deja de ser una niña y obtiene su lugar como miembro de la tribu, convirtiéndose en cazadora y guerrera por derecho propio. Otra se realiza a los catorce, y si pasa, se considera oficialmente adulta. La tercera, a los veintiuno, donde se convierte en matrona—aquellas con responsabilidades que supervisan a los niños y la formación de las generaciones más jóvenes. La próxima ceremonia de inicio en la adultez es cuando se convierte en madre, y la última, cuando ya no puede cazar ni luchar y, en cambio, comparte su sabiduría con el resto del clan.”

Ella echó un vistazo a Dooku. “Tu estudiante es inteligente, pero a esa edad sé que es difícil quedarse quieta mucho tiempo. Siempre están llenas de energía. Este es el mejor momento para aprovechar eso.”

El hombre mayor asintió. “Exactamente.”

“¿Tanya, cierto? ¿Qué te parecería unirte a las chicas de tu edad para entrenar?”

“Estaría dispuesta a probar,” asentí.

Dooku soltó una carcajada, captando la atención de Augwynne. “Verás que aprende rápidamente. Quizá sea mejor evaluarla y ajustar según sea necesario.”

“¿De veras?” preguntó la pelirroja, y él asintió.

“Es una de las razones por las que la traje conmigo. Causaba cierto conflicto interno en el templo.”

“Muy

tensa y agresiva tensión sexual.”

“Una historia para otra historia, tal vez,” sonrió, y yo me deslicé por el separador de cuero, adentrándome en el pasillo.

Me pregunto qué tipo de entrenamiento reciben sus hijos. Supongo que lo descubriré mañana.

Revisión #1
Creado 2 mayo 2026 04:51:14 por Bob Smith
Actualizado 2 mayo 2026 04:51:18 por Bob Smith